

Malaquías. La razón es obvia, porque además de que el simple hecho de la vuelta a la Tierra Santa debía borrar en gran parte el sentimiento de la iniquidad de los tiempos antiguos, desde el regreso de los desterrados y desde su reinstalación en el suelo patrio, muchísimas observaciones demostraron la inferioridad de la situación nueva comparada con la de los tiempos antiguos, en los cuales el pueblo había poseído muchos de los bienes que la nueva comunidad esperaba todavía de la realización de las esperanzas mesiánicas. Por este camino se empezó a mirar el pasado como «los buenos tiempos», hasta que gradualmente se hizo lugar la idea de que en otro tiempo el pueblo, libre de los defectos del presente, gozaba ya de todas las felicidades que a la sazón se esperaban del porvenir, conforme veremos en el código sacerdotal. Las naciones, como los individuos, se acuerdan más de las felicidades que de las penas y amarguras pasadas, lo cual es por cierto una de las mejores cosas de este mundo.

Bajo otro punto de vista adelanta Malaquías ideas del porvenir. La conexión que existe entre Jehova y Leví al haberle Dios confiado la presentación de los sacrificios de Israel, imponiendo a Leví los deberes consiguientes, parece a Malaquías un pacto hecho entre Jehova y Leví, y de ahí se desprende para el profeta el deber de Israel de conservar la santidad de Jehova por razón del pacto hecho con los antepasados (cap. 2, 10); bien que este es un concepto antiguo que se encuentra ya en Jeremías, cap. 34, 13. Aplicando esta idea a los derechos y deberes de los sacerdotes, entró en la corriente otra idea que fué engrandecida hasta llegar a imperar en el código sacerdotal, porque en este código aparece la relación entre Israel y Jehova como un pacto concedido por Jehova, en el Sinaí, pacto preparado ya por los que Dios contrajo con Abraham y Noé y por la bendición que dió a Adán.

El rigor con que mira Malaquías la santidad de Jehova resalta todavía con mayor fuerza en su manera de considerar los matrimonios con mujeres extrañas como transgresión también principal de Israel. Estos matrimonios llegaron a ser así considerados, mas que pecados morales, delitos contra la pureza del culto y de la santidad de Jehova, a causa de las transgresiones frecuentes de que eran causa estas mujeres israelitas. Así Malaquías dice, cap. 2, 10 y 11: «¿No tenemos todos un (mismo) padre? ¿No nos ha criado un mismo Dios? ¿Por qué menospreciaremos cada uno a su hermano, quebrantando el pacto de nuestros padres? Prevaricó Judá, y en Israel y en Judá ha sido cometida abominación; porque Judá ha profanado la santidad de Jehova, amando y tomando por mujeres a hijas de dioses extraños.» Quiere decir que Jehova y su santuario han sido profanados porque las mujeres que no son hijas de la comunidad participan del culto de sus maridos, y estos faltan por lo mismo a sus deberes para con sus compatriotas y correligionarios, pues dice Malaquías, cap. 2, 13, etc.: «Y esta otra vez hareis cubrir el altar de Jehova de lágrimas, de llanto y de clamor; así que no miraré mas al presente, para aceptar (ofrenda) voluntaria de vuestra mano. Mas direis: ¿Por qué? Porque Jehova ha sido testigo entre tí y la mujer de tu mocedad, a la cual tú has sido desleal, siendo ella tu compañera, y la mujer de tu pacto.» Aquí aparece en último lugar (y esto es muy significativo) la idea de que el que repudia a su mujer falta a la fidelidad que le debe; en segundo lugar, la idea de que se falta a un pacto que ha sido cerrado tomando a Dios por testigo; y en primer lugar se hace constar sobre todo que la mujer así engañada clama a Dios y éste no encuentra gusto en el culto de Israel. No obstante, no hay que dudar que lo dicho por Malaquías (cap. 2, 16) «de que Jehova aborrece el divorcio,» lo dijo en sentido general, pues por otra parte estaba firme-

mente convencido de que la anulación de los matrimonios entre judíos y mujeres no judías era una obra agradable a Dios. Del contexto resulta que Malaquías trata ante todo de matrimonios contraidos por individuos distinguidos y antiguos de la comunidad con hijas de familias ricas e influyentes del país. En el texto se supone a estos judíos casados ya con judías y que los padres de las mujeres israelitas pueden exigir del pretendiente que repudie a la mujer judía antes de casarse con la israelita.

Al atribuir Malaquías el estado aflitivo de la comunidad a sus pecados, resulta para la comunidad una de dos cosas: si continua en su senda, le espera un juicio destructor, pues Jehova, precedido de su ángel que le enseña el camino, se presentará súbitamente en el templo, y ¿quién podrá sostenerse en presencia de Jehova, que es como el fuego del fundidor y como la lejía del batanero? Su juicio caerá sobre los sacerdotes, y acabará sin contemplación con los hechiceros y adúlteros, con los que juran en falso y con los opresores de los pobres y de los desamparados. Si Israel reflexiona que Jehova no ha cambiado, se convertirá para que Jehova le vuelva a mirar con cariño y misericordia: «Traed todos los diezmos al alfolí, y haya alimento en mi casa; y probadme ahora en esto, dice Jehova de los ejércitos, (y vereis) si no os abriré las ventanas de los cielos, y echaré sobre vosotros la bendición hasta que sobreabunde. Increparé también por vosotros al (insecto) devorador (1), y no os corromperá el fruto de la tierra, ni vuestra vid en el campo abortará, dice Jehova de los ejércitos. Y todas las gentes os dirán bienaventurados porque seréis tierra apetecible, dice Jehova de los ejércitos.» (Malaquías, 3; 10, 11 y 12.)

Pero en rigor solo quedaba para la comunidad un medio de salir de su situación aflitiva, y era adoptar el plan de Ezequiel, indicado también por Malaquías, a saber: mostrarse el pueblo santo de Jehova cumpliendo fielmente las leyes del culto y aislarse al mismo tiempo de los pueblos vecinos, porque debílsima como interiormente era la comunidad la mezcla con los pueblos vecinos ofrecía el peligro de ser absorbida por estos y de perder así todo lo que había adelantado en religión. Era necesario, so pena de que resultase inútil todo lo sembrado por los profetas, que la comunidad judía conservara su carácter e índole propios, que conociera lo que significaba ser el pueblo elegido por el Dios del universo que se le había revelado. Para cumplir su misión histórica era preciso que el pueblo judío adquiriera primero la suficiente robustez interior, para no temer ya la pérdida de su religión e índole ni la absorción por otros pueblos y otras religiones. Para evitar este peligro no había otro camino más eficaz que la observancia estricta y puntual de los ritos y ceremonias del culto; mas para esto era necesaria una ley que arreglara y fijara minuciosamente todos sus pormenores, de suerte que no dejara ninguna duda ni diera lugar a vacilaciones en cuanto a lo que exigían de su pueblo la santidad y la voluntad de Jehova. Solo con una ley completa que previese y decidiera todas las cuestiones, podía la comunidad tener esperanza de conservar su religión y su carácter de pueblo predilecto de Jehova. Por lo demás, en aquellos tiempos esta solicitud constante y nimia era el impulso más vigoroso y aun el único que podía darse a la formación de un pueblo religioso y moral.

Hasta entonces la comunidad había sido presa de agitaciones continuas por falta de una ley definitiva y completa, todo por mecerse en las esperanzas del próximo advenimiento

(1) La langosta. Evidentemente esta plaga es muy frecuente en Palestina. El profeta Joel vió en esta plaga un castigo precursor del juicio de Dios.

del reinado del prometido Mesías; y mas de una vez había parecido que estas esperanzas que habían hecho concebir los profetas iban a realizarse prontamente, pero luego venía siempre el desengaño y con él el inevitable decaimiento moral cuando la comunidad necesitaba más tranquilidad y constancia. A todos estos inconvenientes puso fin la ley que señaló en adelante a la comunidad y al individuo suelto el camino exacto y seguro para prepararse al logro del reino mesiánico haciéndose dignos de Jehova, de la santidad de Dios y de la propia. Si esto se lograba quedaba asegurada la religiosidad sin que la posesión de la esperanza mesiánica pudiese hacerla vacilar en adelante, porque teniendo la ley se tenía la seguridad de que cumpliéndola no había de faltar a su tiempo la realización de aquella esperanza. Entretanto se aseguraba con el no interrumpido cumplimiento de la ley el perfeccionamiento continuo de la comunidad santa hasta transformarla en el reino de Dios y hacerla digna de que Dios le concediera lo que pudiera faltarle al final de su carrera moral. Con el cumplimiento exacto de la ley y por medio de él el logro de la felicidad mesiánica sería el objeto de las generaciones venideras, que deberían de sacar continuamente de esta convicción nuevas fuerzas para no vacilar ya en su conducta, por grande que les pareciera el contraste entre su ideal y la realidad.

Para conseguir esta marcha no se necesitaban ideas nuevas; bastaba seguir con resolución y perseverancia el camino trazado por el Deuteronomio y Ezequiel; solo era menester llenar los vacíos que en estos guías se habían observado, y tener la energía suficiente para poner esta ley completada en vigor, después de haber tratado de extirpar de una vez y con mano inexorable los errores cometidos a fin de que no fuesen obstáculo para entrar y seguir decidida y vigorosamente en la nueva senda.

#### CAPÍTULO IV

##### ESDRAS Y NEHEMÍAS. — EL COMPLEMENTO DE LA LEY Y LA FORMACIÓN DE LA COMUNIDAD SAMARITANA

La ley completa y definitiva que preveía y daba reglas para todos los casos y dudas que podían presentarse en la vida de la comunidad, vino de Babilonia, y con ella volvieron a cobrar nueva vida los planes de Ezequiel y el deseo de salir de la situación inaguantable en que la comunidad había caído. Es muy posible que los esfuerzos enérgicos de Malaquías y de sus partidarios contra la liviandad materialista salieran triunfantes si bien pasajera en la comunidad y que dieran lugar hasta a disposiciones para excluir del culto a todos los extraños, porque así se explicaría muy naturalmente la breve noticia conservada en Esdras, 4, 6, de existir al principio del reinado de Jerjes (485-465) conflictos entre los habitantes de Jerusalén y sus vecinos los israelitas antiguos del país (1). Los sucesos políticos de entonces parecían, por lo demás, dar motivo a la comunidad para prepararse a recibir a Jehova y separarse por lo mismo de todo otro elemento, dedicándose a cumplir correctamente la ley de Dios. Las señales de la próxima decadencia de la monarquía persa eran muy claras; su empuje del lado del Oeste había recibido un golpe desastroso en Maratón. Se había perdido el Egipto y Jerjes tuvo que reconquistar este país, pero ya habían tomado la ofensiva los griegos aliados.

Ninguna noticia tenemos de los desórdenes interiores de la comunidad. Si ocurrieron, debieron de salir de ellos victoriosos los extraños, porque los sucesos posteriores no per-

miten otra explicación. Puede igualmente admitirse que entre los habitantes antiguos había más opulencia y estaba más adelantada la civilización que entre los judíos, y esto daría seguramente a los primeros una preponderancia molesta en la comunidad.

Muy diferente era la situación para los judíos en Babilonia. Estos mantenían relaciones estrechas con sus compatriotas de Jerusalén; ellos auxiliaron con sus recursos la obra del templo, é indudablemente estarían enterados de la marcha poco lisonjera de la comunidad, pudiendo suponerse que sus relaciones fueron más íntimas y más activas con los individuos más rígidos en materia religiosa. Si, según dice Malaquías, había en Jerusalén una minoría firmemente decidida a cumplir la voluntad de Jehova y respetar su santidad separándose de todos los elementos extraños, hay que suponer que mayor rigorismo debía prevalecer entre los judíos de Babilonia que vivían entre paganos y habían aprendido a mantenerse completamente aislados de ellos, sin que ningún suceso hubiese ocurrido que suavizara esta disposición de ánimo. Los judíos de Babilonia conservaban vivos los sermones de Ezequiel y el deseo de practicar el verdadero culto de Jehova y formar una comunidad santa que se santificara continuamente de nuevo. El éxito muy incompleto y pobre que había tenido la tentativa de realizar este ideal en Jerusalén no les había desanimado como a sus compatriotas de la Tierra Santa; los que estaban en Babilonia no sentían todo el peso de los obstáculos con que luchaban los de Jerusalén; y no teniendo que gastar su energía y sus bríos en estas luchas, ni habiendo aprendido la resignación, experimentaban vivo dolor al notar la inmensa distancia que había entre las esperanzas y el resultado mezquino obtenido. A esto se agregaba que los judíos de Babilonia no habían pecado contra la santidad de Jehova casándose con mujeres extrañas. No se les había presentado el caso ni habían tenido que resistir a ninguna tentación de aumentar su caudal ó mejorar simplemente su posición casándose con israelitas antiguas, como tampoco habían tenido ocasión de faltar al culto falseando las ofrendas y cometiendo otras transgresiones porque en Babilonia no tenían templo. Finalmente, es muy probable que los judíos de Babilonia, país feraz y emporio del comercio, vivieran en situación muy desahogada; sus recursos no se habían disminuido por el regreso a la Tierra Santa y su establecimiento en ella; no pagaban los onerosos impuestos al templo, de suerte que tenían más gusto, mas tiempo y mas facilidad de crítica para tratar de las cosas de su pueblo y resistir a tentaciones opuestas al carácter e índole nacionales. Smend (2) observa con razón que los adversarios de Esdras y Nehemías en la comunidad de Jerusalén parecen, comparados con estos, unos campesinos toscos y groseros.

Los judíos de Babilonia habían cultivado con actividad y afición el estudio de las leyes de su pueblo y habían escrito mucho sobre este particular. Allí se había hecho probablemente una colección de las leyes y ordenanzas con cuyo auxilio se podía redactar un nuevo código bien ordenado de todo el material legislativo, para resolver las dificultades suscitadas en Jerusalén en materia de cuestiones religiosas relativas naturalmente al culto, y que no había podido resolver la ley escrita, mezcla del Deuteronomio y de antiguos libros legendarios conservados por los sacerdotes.

Esta ley escrita, llamada en Esdras, 7, 14: «La ley de Dios en su mano,» y en el versículo 25: «La sabiduría de Dios en su mano» (3), se hallaba en poder del sacerdote y letrado Es-

(2) En su obra: «Las listas de los libros de Esdras y Nehemías,» página 5, nota 2.

(3) Estas expresiones usadas en el decreto de Artajerjes señalan a Esdras como poseedor, pero no como autor de este libro de leyes. Lo

(1) No dice el pasaje que «estos pueblos de la tierra» fueran israelitas, pero se desprende del contexto. Sobre esto diremos todavía algo.

digo sacerdotal. Así el autor prefirió, en gracia de la brevedad de su relato, omitir simplemente todo aquello que no le convenia referir. Nada dice de la discordia entre Abraham y Lot, nada del destierro de Ismael, ni de las hijas de Lot, ni de la contienda entre Laban y Jacob. Tampoco habla de los celos de Lia y de Raquel, de la astucia de Tamar con Judá, del rapto de Dina ni de los peligros á que se vieron expuestas Sara y Rebeca por la cobardía y mentira de sus maridos, ni de la venta que hizo Esaú de su primogenitura, ni del engaño de que se valió Jacob por consejo y con el auxilio de Rebeca para lograr la bendición paterna destinada al primogénito, ni de la consiguiente enemistad entre Esaú y Jacob y la huida de éste á Mesopotamia, no por temor á la ira de su hermano, á quien habia engañado, sino enviado por su padre y madre de comun acuerdo para que no llevara á su casa, como su hermano Esaú, mujeres paganas. Esta solicitud por la pureza de la sangre es un rasgo muy característico. No sabemos cómo el autor se arregló al llegar al crímen que los hermanos de José cometieron vendiéndole, porque este trozo no ha llegado á nosotros, pero indudablemente saldría del compromiso sin faltar á los sermones de los profetas tocante á la moralidad de Israel (1).

Con razon se ha dicho (2) que el autor del código ha despojado las tradiciones de los patriarcas de su carácter natural y verdadero, de su vigor y de todos los rasgos que les prestan importancia y originalidad, pues los patriarcas quedan transformados en judíos piadosos cortados por un mismo patron; pero esto era cabalmente lo que convenia, y por lo demás aquella generacion carecia de nuestra afición á figuras legendarias como la de Ismael, en guerra con todo el mundo, transformado en el código sacerdotal en buen hijo que unido con su hermano Isaac da sepultura á su padre.

El código sacerdotal refiere la entrada de Jacob y de sus hijos en Egipto con la misma brevedad y de la misma manera que toda la historia de los patriarcas. Los hijos reciben terreno para establecerse en la mejor parte del país, donde se multiplican en gran manera; y en lo que el autor se detiene mas es en que Jacob toma las disposiciones necesarias para asegurar la traslacion de sus restos mortales al sepulcro de su familia en Hebron.

Breves son tambien los trozos del código sacerdotal correspondientes á la servidumbre y á la liberacion del pueblo de Israel que refiere el Exodo, pero se detiene mas en la relacion de la revelacion de Jehova en el Sinaí; de la mision de Moisés y de Aaron cerca del Faraon y de lo que hicieron, y sobre todo en la institucion de la cena pascual, pues todo esto sirve para la legitimacion de Moisés como legislador. La fiesta de la Pascua figuraba ya entre otras fiestas en la ley antigua; pero lo particular del código sacerdotal es que coloca su institucion antes que la revelacion del monte Sinaí, y la hace aparecer como instituida para salvar del ángel de la muerte á los hijos primogénitos de las familias israelitas, con lo cual perdió la cena pascual en gran parte su carácter verdadero de holocausto, que era lo que convenia al autor del

(1) La exquisita solicitud que muestra el autor para que la comunidad no tenga ningun pretexto de faltar á la observancia del culto, basta para probar que el autor no tuvo menos solicitud por la observancia de la ley moral, y si no dedicó mas espacio á este particular fué quizá porque no lo creyó necesario. Las circunstancias y el tiempo en que escribió explican su mayor interés por la santidad de Israel. Reuss tampoco es justo cuando al juzgar el código sacerdotal dice que el autor se cuidó mas de los intereses del altar y de sus servidores que de la religion y de la moralidad, mas de la limpieza de la piel y de las vasijas que de la limpieza del corazon; pero si las reglas relativas al culto exigieron tanta minuciosidad, en estas cosas no falta tampoco solicitud por la integridad moral. Véase A. Kuenen: *Volkreligion und Weltreligion*, pág. 159.

(2) Wellhausen: *Prolegomena*, tercera edicion, pág. 347, etc.

código. Viene despues la salida de Egipto, el paso por el mar Rojo y el aniquilamiento de los egipcios perseguidores. En la descripción del viaje desde el mar al monte Sinaí parece muy breve el código, y al llegar el pueblo al Sinaí, refiere cómo se fija durante seis dias en la montaña la nube en la cual Jehova ha atravesado el desierto acompañando á Israel. Al séptimo día llama Jehova á Moisés y todo el pueblo contempla la grandeza de Jehova en la cumbre de la montaña en figura de un fuego devorador. Moisés sube á la montaña, penetra en la nube y recibe los estatutos del culto (Exodo, cap. 25, etc.). Primero recibe instrucciones exactas, relativas á los materiales preciosos que debe facilitar la comunidad en calidad de dones voluntarios para la construccion del tabernáculo, del arca de la alianza, de la mesa de los panes de ofrenda, del candelabro de oro, el atrio, el altar de los holocaustos y el traje y las insignias que deben llevar los sacerdotes durante el servicio. La fijacion del sitio del culto es otra prueba de que este código fué redactado en el destierro, porque para que el pueblo tuviera culto era preciso fijar primero un sitio para él. La situacion de Israel en el desierto era, pues, segun el autor del código, análoga á la de los desterrados, pero no lo era en realidad porque desde un principio habia tenido gran número de sitios sagrados. Este sitio debia ser en adelante el tabernáculo, y lo que es si cabe mas importante, el autor da á entender como cosa admitida, que el tabernáculo es el único sitio donde en adelante Dios se manifestará á su pueblo y donde quiere que éste le presente sus ofrendas, y ni siquiera supone como posible que esto pudiese hacerse en lugares muy diferentes. Esta es otra prueba de que el libro fué escrito en un tiempo y lugar donde no era menester ya insistir sobre la exigencia del Deuteronomio de un lugar único del culto. El tabernáculo, á imitacion del templo nuevo, que despues del destierro estaba en el centro de la comunidad judía, estaba tambien en el centro del pueblo de Israel durante su peregrinacion por el desierto, cosa mas fácil de arreglar en un campamento que en Jerusalem y que no habia calculado Ezequiel. Además este tabernáculo es evidentemente una copia del templo de Jerusalem solo que se le habia hecho transportable para la vida ambulante en el desierto.

A la revelacion del sitio del culto sigue en el cap. 28, etc., la de las ceremonias que deben observarse en los sacrificios que forman parte de la consagracion de Aaron y de sus hijos para sacerdotes, y que deben durar cinco dias. Los pormenores de la ejecucion se refieren en el Levítico, cap. 8. Consagrado ya Aaron, presenta él mismo su primer holocausto que Dios admite con agrado, en prueba de lo cual él mismo lo inflama con un rayo (Lev., cap. 9).

Para demostrar la inviolabilidad de la ley de sacrificios, dada por Dios, se refiere el ejemplo de Nadab y Abiu, los hijos mayores de Aaron, que ofrecen un sacrificio no prescrito por la ley, y que mueren á impulso de un rayo de Dios al pié del altar. Este hecho demuestra tambien el tiempo en que el código fué redactado, porque Ezequiel todavia no conoce mas sacrificios ilegítimos hechos por sacerdotes que los presentados por estos á dioses extranjeros. Muertos los hijos mayores de Aaron pasa la sucesion á sus dos hijos menores, Eleazar é Itamar, y siguen preceptos sobre la comida de las partes que de los sacrificios corresponden á los sacerdotes (Lev., cap. 10) (3). Forma la continuacion natural de esta parte del código, al parecer la ley relativa al día de expiacion y de reconciliacion (*yom kippurim*), que debe celebrarse cada año el décimo día del séptimo mes, con la rela-

(3) Kuenen ha separado los trozos del capítulo 10 del Levítico que pueden atribuirse al código sacerdotal.

cion de los ritos correspondientes (Lev., 16), destinados á purificar á Aaron y al santuario de todas las impurezas que pudiesen haber sufrido (1). En este punto va el autor tambien mas lejos que Ezequiel, el cual, si bien prescribe una fiesta de expiacion para la inauguracion del templo, solo exige que en adelante se sacrifique con este objeto el primer día del séptimo mes un becerro. (Cap. 45, 18, etc.)

A las disposiciones exigidas para el culto perteneció tambien la formacion de un censo del pueblo en el desierto y la disposicion del campamento, que se explican en Números, cap. 1. Ya hemos expuesto en la primera parte la confianza que estos números merecen. Hecho el censo de cada tribu se separa la de Leví para el servicio inferior del santuario y se completa la organizacion de este servicio. En el concepto del autor del código, la tribu de Leví por donacion del pueblo reemplaza á los primogénitos de todas las doce tribus consagrados á Jehova (Núms., 3, 9). Esta idea está inspirada evidentemente por la de la «donacion» de la de Ezequiel que quiere emplear á los levitas en lugar de los esclavos del templo. Se designan luego á los levitas los servicios que les incumben, se les señala en el campamento su lugar alrededor del tabernáculo, y se enumeran las familias é individuos varones de esta tribu. Estos últimos resultan ser 22,000, mientras el número de los primogénitos de todas las tribus es de 22,273. Este último número no concuerda con el que debe resultar de los números totales de las diferentes tribus, pero la diferencia no extrañará á los que saben el origen de esta clase de datos.

Despues de haber dado principio al servicio del tabernáculo en las formas prescritas, emprende el pueblo su viaje desde el Sinaí á la tierra de promision. Una nube suspendida sobre el tabernáculo señala las paradas y el tiempo que han de durar, y cuando se levanta es señal de partida. En pocas palabras refiere el autor la marcha hasta el desierto de Paran, y despues cuenta la leyenda de los doce exploradores que fueron enviados para examinar el país, que lo recorrieron en su mayor extension y que al regresar llevaron noticias desfavorables. Estas noticias originan una sublevacion del pueblo, en castigo de la cual Dios mata á los enviados, menos á Josué y á Caleb, y respecto del pueblo determina que todos los israelitas (2) de 20 años arriba perezcan en el desierto. Viene luego la narracion de la sedicion de Coré y de los suyos y de su castigo, así como la de la peste que castiga al pueblo en general (Núms., 16, 17). Al llegar á este punto y á la leyenda de la vara floreciente de Aaron, vuelve á explicarse mas el narrador, porque aprovecha la ocasion para inculcar la idea de los privilegios de los sacerdotes y de la importancia que tiene para el bien de la comunidad la organizacion del sacerdocio. Al mismo tiempo da las reglas para las prestaciones que la comunidad debe á los sacerdotes (Núms., cap. 18).

Al trayecto recorrido por el pueblo desde Cadés hasta los páramos de Moab dedica el autor del código pocas palabras, como si atravesara el pueblo realmente un país desierto, cuando estaba habitado por pueblos enérgicos y esforzados. Nada dice de los combates que ocurrieron, lo que tambien prueba que el autor escribió lejos de la Tierra Santa. Detiénese algo sin embargo al llegar el pueblo á la montaña de Hor, por ser el lugar donde murió Aaron. Habiendo revelado Jehova esta muerte á Moisés, suben Aaron, Moisés y Eleazar, á la vista de todo el pueblo, á la montaña, donde muere Aaron, despues de haber sido despojado de sus vestiduras

(1) E. Reuss (*L'histoire sainte et la loi*, Paris, 1879) no cree que este trozo formara parte del código sacerdotal, porque no se refleja en Nehemías, 9, 10. Mas adelante volveremos á hablar de esto.

(2) Porque además habia esclavos no israelitas.

sacerdotales y de haber sido revestido de ellas Eleazar. El pueblo lleva luto 30 dias por Aaron.

Originase despues un conflicto con los madianitas, cuyas mujeres seducen á los israelitas. Estos se entregaron al libertinaje, y viene de sus resultados una epidemia que se lleva 29,000 víctimas (Núms., 25, 6, etc.). El autor aprovecha aquí tambien la ocasion para volver al antiguo tema de la perversion de Israel, que abandonaba á Jehova por Baal, el dios de los moabitas, venerado en la montaña de Phegor. Aquí elogia el celo de Eleazar, sucesor de Aaron, que mata á dos culpables, con lo cual aplaca la ira de Dios y cesa la epidemia. En recompensa le promete Dios el sacerdocio perpétuo y ordena á Moisés que castigue á los madianitas. Se vé aquí muy patente el empeño de asegurar el sacerdocio á los descendientes de Aaron y de condenar toda mezcla de Israel con otros pueblos, especialmente tomando de ellos mujeres. No es menos significativo que el autor no diga una palabra sobre el hecho de haberse Israel dejado seducir despues para adoptar un culto extranjero, sobre lo cual hablaremos todavia algo.

Al llegar á este punto interrumpe el autor la relacion del viaje para referir un nuevo recuento del pueblo (3); hecho lo cual recibe Moisés orden de contemplar la Tierra Santa desde las montañas de Abiram, porque como á Aaron le está vedado el pisar este país de promision. Por tanto, Moisés pide á Dios que le designe un sucesor, y queda nombrado Josué. A esto siguió la historia de la reconquista y reparticion del país al Este del Jordan, pero de esta relacion solo se han conservado algunos restos en Números, 32. Distribuido este país, Moisés antes de su muerte y por orden de Jehova, da disposiciones para la conquista y reparticion de la comarca occidental del Jordan, hasta la extension que debe ocupar el pueblo (Núms., 33, 50 hasta 36, 13). Este trozo es notable porque demuestra la relacion que existe entre el código sacerdotal y la esperanza mesiánica de Ezequiel, y prueba además que se ha previsto la necesidad que tendrá la comunidad judía, despues de su regreso del destierro, de separarse rigurosamente de todos sus vecinos. Esta prevision se conoce en la orden, extemporánea y contraria á la marcha histórica, de que á la conquista del país al Oeste del Jordan siga el exterminio de todos los cananeos; y se advierte la correlacion con el código sacerdotal en que los límites del territorio que Israel debe ocupar al Oeste del Jordan son los mismos que señala Ezequiel en el cap. 47. El país conquistado ha de ser repartido por los jefes (príncipes) de las tribus, y á los sacerdotes y levitas deben destinarse como propiedad en los territorios de las 12 tribus laicas, 48 ciudades (4 por tribu). Además se debe dar á cada una de estas ciudades terreno para pasto del ganado, á saber, una extension de mil varas desde el pié de las murallas en las cuatro direcciones cardinales, lo que da segun el autor para cada ciudad un cuadrado de 2,000 varas de lado, con la ciudad en el centro, pero sin terreno en que colocarse (4). Con mucho acierto observa Graf (5) que tales ciudades con su territorio cuadrado podrian acaso fundarse en países llanos, pero de ninguna manera en Canaan, país montuoso. El autor del código, á ejemplo de Ezequiel, sacrificó en su plan la realidad al proyecto que habia concebido; solo que en Ezequiel es perdorable esta libertad porque la toma en la creencia de que

(3) Este recuento está quizá intercalado posteriormente.

(4) Es preciso convenir que en este punto ha cometido un error el autor del código sacerdotal, por mucho que se resistan á ello los autores que forzando el texto han querido encontrar otra cosa. Véase Dillmann, *Numeri*, pág. 215, y Wellhausen, *Prolegomena*, pág. 163.

(5) *Zur Geschichte des Stammes Levi*, en el *Archiv* de Merx, tomo primero, pág. 82, etc.

dras, descendiente de Sadoc y de Serafas y pariente por tanto del sumo sacerdote de Jerusalen, favorable segun veremos á los extraños admitidos al culto de la comunidad. Esdras decidió pasar á Jerusalen con la idea de reformar la comunidad. Esto fué en la época en que el poder se habia dividido entre la Persia y los Estados griegos, division que posteriormente facilitó á Alejandro de Macedonia sus conquistas y el medio de destruir el imperio persa y de hacer entrar á todo el Oriente en una corriente completamente nueva. En este tiempo justamente recibió la comunidad judía el libro de la ley, el cual hizo del pueblo judío la nacion única que en todo el Oriente resistió la influencia del helenismo y que luchando contra ella continuó desarrollándose y ganando vigor.

Lo mas curioso es que la comunidad judía recibió el libro de la ley con el asentimiento y beneplácito del gobierno persa, á cuyo apoyo fué debido el buen éxito de la reforma; porque Esdras logró ganar para su empresa la benevolencia de Artajerjes Longimano (465-424) (1) y de sus consejeros. Probablemente fué este uno de los casos en que los gobiernos intervienen á veces en movimientos religiosos á favor del bando mas rigorista en interés del orden y de la paz, cuando el bando mas rigorista tiene á su favor la mayor autoridad entre las diferentes opiniones y ofrece mas garantías para el orden y la prosperidad. Entonces convenia cabalmente al gobierno persa acabar con un foco de desorden en Palestina y unir el interés de los jefes de la comunidad al del gobierno, que estaba rodeado de pueblos sublevados. La Bactriana fué reducida á la obediencia al parecer en poco tiempo, pero los egipcios con el auxilio de Atenas consiguieron reducir las tropas persas al castillo de Menfis. Fué menester reconquistar el Egipto, empresa que se encargó á Megabiso, y parece que esta reconquista se decidió al mismo tiempo que la reforma de la comunidad judía.

Este libro de la ley compilado en Babilonia y llevado por Esdras á Jerusalen, no era una obra uniforme, pues ya habia sido amplificada en la capital pagana. Era, conforme se probará mas adelante, una nueva edicion aumentada del código sacerdotal mencionado ya repetidas veces, código que segun lo que de aquí resulta es anterior á Esdras. Esta obra, que forma la base del libro de la ley de Esdras, es una historia del pueblo santo y de sus instituciones desde su origen, escrita al alcance de todos y que en su carácter é ilacion se adapta completamente á la historia antigua arreglada en sentido deuteronomista. Por esta razon empieza por la creacion del mundo y llega hasta la instalacion de los judíos en la Tierra Santa; pero como no es su objeto relatar la historia verdadera del pueblo de Israel, sino enseñar al pueblo restaurado y á las generaciones venideras las instituciones del culto como instituciones nacionales, refiere su origen divino, como reveladas en otro tiempo por Dios mismo, y omite ó modifica segun le parece todas aquellas tradiciones antiguas que no convienen á su objeto porque ofenden ó contradicen los sentimientos morales y religiosos de su época. El autor recapitula así las tradiciones antiguas en pocas palabras, pero intercala relaciones difusas acerca del origen de las instituciones sagradas de la comunidad, sirviéndose de la leyenda antigua como hilo para reunir las.

que resulta de toda la empresa es que Esdras era lo que dice en el capítulo 7, 25, «sacerdote y escritor de la ley del Dios del cielo,» es decir, letrado y letrado de fama. No debe confundirse la calificación de letrado con la calidad de escriba en el sentido de tiempos muy posteriores, si bien el cronista le llama «diligente (muy instruido) en la ley de Moisés» (Esdras, 7, 6) y dice en 7, 10, que «habia preparado su corazón para inquirir la ley de Jehova y para hacer y enseñar á Israel sus mandamientos y juicios.» Esdras parece mas reformador que escritor.

(1) 464, si no se cuenta el tiempo que Artajerjes estuvo bajo la influencia de Artabano, el asesino de Jerjes.

La transformacion del modo de juzgar el pasado que hemos indicado y justificado anteriormente, se habia hecho completa en la época de que tratamos; y así es que el citado autor presenta en su obra el pasado de Israel como le conviene, es decir, para disponer al pueblo á someterse á la ley completa y mantenerse en el camino de su cumplimiento correcto á fin de alcanzar el reinado de Dios, cuyas bendiciones gozaron ya en épocas anteriores, segun el libro dice, los antepasados del pueblo escogido. Es decir, que el libro de la ley continua la senda emprendida por el Deuteronomio, sin desviarse hasta el fin.

De esto resulta que la descripcion hecha de los tiempos de Moisés y Josué en el código sacerdotal está inspirada completamente en las esperanzas mesiánicas de la época en que fué redactado, solo que se representan estas esperanzas como concebidas por el pueblo de Dios en tiempos pasados y perdidas luego por sus pecados. La misma tendencia hemos observado, aunque en estado rudimentario, en el Deuteronomio, y así, para comprender bien el código sacerdotal, es menester estudiarlo bajo este punto de vista de las esperanzas mesiánicas.

La índole teórica y reflexiva del código sacerdotal distingue este libro de la literatura preceptista y nomográfica de que hablamos en otra parte, cuyos restos encontramos intercalados en el código sacerdotal. Este en su esencia es un resumen de usos anteriores al destierro, lo que no impide que algunos usos ó pormenores hayan sido modificados á consecuencia de reflexiones posteriores; de suerte que el nombre de código sacerdotal se aplica con mas justicia á estos restos que á la obra en general. En efecto, este nombre fué dado á la obra cuando no se habia caído en la cuenta de que solo merecen el nombre de código los trozos indicados; pero hay que conservarlo so pena de buscar un nombre nuevo.

El autor de esta obra, siguiendo el modo de ver de Ezequiel y atendiendo al nuevo arreglo del sacerdocio emprendido por la comunidad de Jerusalen, no ve en el reino de Dios un Estado poderoso israelita que domina á los pueblos que le rodean, y en el cual el rey hace respetar y cumplir la voluntad de Jehova, sino una comunidad unida por un culto religioso, separada escrupulosamente del mundo pagano y dirigida por Aaron, ó sea el sumo sacerdote, sin que quede lugar siquiera para un príncipe, ya que no rey, como habia proyectado Ezequiel. Solo se suponen cabezas de tribu, príncipes, como los ancianos que gobernaron la comunidad en los primeros tiempos despues del destierro, pero estos cabezas de tribu no tienen ni remotamente la autoridad é influencia ni la categoría del sumo sacerdote, ni se desprende de la obra con suficiente claridad cuáles debian ser sus derechos y atribuciones.

Lo que Ezequiel esperaba para la restauracion de Israel en la Tierra Santa, existió para el autor del código ya al principio de la historia de Israel. Al elegir Dios á este pueblo entre todos los del mundo por el amor que le tenia y por un acto de su gracia y al revelarle su ley, fundó una alianza, que se ha demostrado con la solícita práctica del culto en medio del mundo pagano y libre de su contacto, como reino y propiedad de Dios Santo, creador todopoderoso y conservador del mundo. Este reino de Dios es el único bien verdadero en este mundo que ha sido creado con este objeto, del cual no son mas que accesorias todas las demás cosas que el mundo contiene; y bien mirado, el mundo no tiene el derecho de inquietar la santidad del reino de Dios, porque está tambien sujeto al culto y lo estaba antes de hacerse la alianza con Israel. La institucion del sábado y la prohibicion de comer sangre, dos estatutos impuestos al mundo, á la humanidad toda, ya existian desde el principio, y observándolos pueden

los gentiles habitar la Tierra Santa con el pueblo de Israel, sin empañar la santidad del pueblo de Dios, que es el que tiene la prerogativa de practicar el culto del único Dios en el único punto del mundo elegido por él. En esto se vé manifiesta la afinidad entre el lenguaje del código y la esperanza mesiánica de Deutero-Isaías.

La idea atrevida de presentar la esperanza del porvenir como la recuperacion de un bien perdido se justificaba por la necesidad de consolidar la reforma y la ampliacion de la ley enlazándolas sólidamente con el pasado; y como siempre sucede en estos casos, se sacrificó mas ó menos el pasado para hacerlo concordar con lo nuevo y moderno. En realidad, las cosas del pasado solo podian servir de ejemplos y modelos estando arregladas y presentadas al uso de la época moderna, no por lo que valian por sí mismas (1). De todos modos no puede negarse al autor una conviccion religiosa vigorosísima cuando no retrocedió ante su manera atrevida de hacer servir á su objeto las tradiciones antiguas de su pueblo; y como su objeto era elevar al pueblo á un nuevo grado de perfeccion, hizo lo que hizo sin escúpulo ni censura (2).

En la narracion del código sacerdotal se observa á cada paso el objeto del autor, que empieza como la obra deuteronomica con la creacion del mundo (Gén., cap. 1) (3). La comparacion con la descripcion que esta obra dá en Gén., cap. 2, demuestra el desarrollo que en el tiempo transcurrido ha tenido la religion. Dios aparece puramente espiritual; con su sola palabra crea todo, y entre él y la creacion, el mundo y la materia, es tan inconmensurable la distancia, que no pueden existir entre el creador y su creacion seres intermedios. Por lo demás es evidente que esta relacion, como tambien la del Gén., cap. 2, son producto del arreglo de una concepcion mítica pagana, y que la idea que hay en el fondo del Génesis, cap. 1, comprende ó conceptúa á Dios como immanente en el mundo y saliendo del caos por evolucion (4).

Esta relacion está enlazada con las instituciones de la comunidad judía porque termina con la institucion del sábado que Dios mismo ha celebrado, y con la indicacion de que los astros no sirven solamente de signos de cosas venideras y para señalar los dias con sus noches, y los años con sus estaciones, sino para fijar las fiestas.

Desde la Creacion hasta el diluvio refiere esta obra la historia del mundo en forma de genealogías escuetas, y nos dice los años que vivieron Adán y sus descendientes de primogénito en primogénito hasta Noé, con la edad del padre cuando engendró á su hijo primogénito. Además menciona la existencia de líneas secundarias y el progresivo maleamiento de la humanidad, segun lo que exige forzosamente la transición á la historia del diluvio. Desde este punto se ensancha

(1) La educacion cristiana usa de esta manera del Antiguo Testamento con la libertad que todos conocemos, sin cuidarse ni de la verdad ni de la significacion histórica de las cosas.

(2) Por esto es injusto E. Reuss, al cual la teología moderna debe en realidad el descubrimiento del origen del código sacerdotal, cuando dice en el prefacio de su «Historia de las Sagradas Escrituras del Antiguo Testamento» (Brunswick, 1881) que la descripcion de las tradiciones antiguas en el código sacerdotal son «ensueños de una raza empobrecida.» Pobre era aquella generacion en bienes terrenales, que habia perdido, pero la generacion que produjo el código era riquísima en ardor religioso, y este mismo ardor fué causa de lo que critica Reuss.

(3) Los trozos que corresponden á este libro se hallan reunidos por Kuenen: *Historia crítica*, introduccion, tomo I, Leipzig, 1885, págs. 63 y 260, y por Wuster.

(4) No podemos explicar aquí este punto y nos hemos de contentar con la mera indicacion, como hacemos tambien respecto de los seis dias de trabajo, idea que parece haber sido añadida á la relacion original despues de haber atravesado una porcion de estadios hasta haber llegado á la forma en que la encontramos. Véase sobre estas cuestiones la obra de: *Prolegomena*, de Wellhausen, pág. 309, etc.

la narracion porque Dios hace con Noé, el padre de la humanidad posterior al diluvio, un pacto, como acto de su divina gracia, por el cual promete no enviar ya otro diluvio, y al mismo tiempo impone á Noé la prohibicion de alimentarse con sangre (Gén., 9, 4, etc.). Hecho esto, vuelve el autor á su sistema de dar la historia en forma de genealogías hasta que llega á Abraham, del cual refiere dos cosas principales: primera, el nuevo pacto que Dios hizo con él, instituyendo como símbolo del mismo pacto la circuncision, y segunda, la compra de la cueva de Mambre en Hebron para sepulcro de la familia patriarcal. Con esta cueva adquiere el pueblo de Dios la primera propiedad en la tierra de promision, como símbolo de la futura toma de posesion de todo el pais. Entretanto sigue Abraham y sus descendientes viviendo en él en calidad de extranjeros, como posteriormente vivieron los expatriados en Babilonia. Este rasgo del libro bastaria por sí solo, despues de la importancia dada al sábado y á la circuncision, para no dejar duda de que fué escrito en el destierro, ya que fuera de la patria, y de consiguiente del templo, el pueblo no podia practicar el culto, quedándole solamente la observancia del sábado y la circuncision como señales de que sus individuos pertenecian al pueblo de Jehova, porque estas señales podian usarse en todo lugar sin ningun acto de culto. Por eso se consideraron como instituidas por Dios antes que revelase su culto al pueblo de Israel. Sin embargo, para el código sacerdotal el culto quedó creado ya de hecho con solo aquellas instituciones y con la abstinencia de la sangre como alimento. A esto se redujeron en el destierro las prácticas del culto, y esto se refleja en el código sacerdotal cuando de la antigua tradicion del sacrificio de Noé hace proceder la prohibicion de alimentarse de sangre. La legislacion antigua prohíbe comer sangre al dar las reglas que hay que observar en los sacrificios, y en el código sacerdotal se prohíbe la sangre antes de dar estas reglas. Tal era el efecto de la vida en el destierro; y al extender esta prohibicion á toda la humanidad desde Noé, debia prevalecer ya la nueva idea de Dios, así como la de la esperanza mesiánica segun la cual todos los gentiles participarian del culto de Israel. En este caso lo menos que podia exigirse de los paganos era la señal de la abstencion de la sangre.

Poco espacio dedica el libro de que tratamos al resto de la historia de los patriarcas (5), y esto se comprende, pues lo que la tradicion antigua referia de ellos debia chocar y sonar muy mal en el tiempo en que se redactó el código sacerdotal. Los patriarcas fundaron, segun cuenta la leyenda, los antiguos santuarios del pais, cuya existencia era considerada en la época del destierro como idolatría, y por lo mismo como uno de los pecados mas graves de que el pueblo antiguo de Israel se habia hecho culpable, á pesar de que en aquellos tiempos remotos Dios no habia revelado todavia su deseo de tener un santuario único y central ni habia dado prescripciones para los holocaustos. Para salir de compromisos el autor del código sacerdotal hizo permanecer á los patriarcas en los lugares que recuerdan su presencia, porque allí fundaron, segun la leyenda, sitios dedicados al culto á su manera; pero omite esta noticia: no dice que fundaron sitios consagrados al culto ni que sacrificaron, sino que Dios se les reveló allí como el *schaddai*, con lo cual quedó armonizada su narracion con la de los profetas y con las leyes del Deuteronomio.

Esto, sin embargo, no destruyó todas las dificultades que presentaban las tradiciones de los patriarcas, pues quedaban los rasgos mas notables de su vida que no podian amoldarse á las exigencias morales del tiempo en que se redactó el código.

(5) Los trozos que tratan de los patriarcas están reunidos por Wellhausen en su obra: *Prolegomena*, tercera edicion, pág. 340, etc.